

JENNY HAN
SIOBHAN VIVIAN

*Secretos
que
querrían*

CROSS
BOOKS

SECRETOS
Y MENTIRAS 1

JENNY HAN
SIOBHAN VIVIAN

*Secretos
que
querrán*

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Burn for Burn*
© del texto: Jenny Han y Siobhan Vivian, 2012.
Publicado de acuerdo con Folio Literary Management, LLC
e International Editors & Yáñez' Co. Literary Agency

© de la traducción: Pura Lisart (Prisma Proyectos, S. L.), 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: junio de 2025
ISBN: 978-84-08-30414-2
Depósito legal: B. 9.049-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Mary



La niebla matutina ha teñido todo de blanco. Igual que uno de esos sueños en los que siento que caigo por una madriguera pero me quedo atascada, como flotando en una nube, y no consigo despertarme.

Entonces, suenan las sirenas y la niebla se disipa para dejar a la vista Jar Island, que se expande por el horizonte como uno de los cuadros de la tía Bette.

Entonces es cuando me doy cuenta de que por fin lo he conseguido. He vuelto de verdad.

Uno de los operarios amarra el ferri al muelle con un cabo muy grueso, mientras que otro se encarga de bajar la pasarela. La voz del capitán resuena por el altavoz.

—Buenos días, pasajeros. Bienvenidos a Jar Island. Por favor, recuerden coger sus pertenencias.

Casi había olvidado lo hermoso que es este lugar. El sol se alza por encima del agua y tiñe todo de un brillante color amarillento. Mi reflejo en la ventana me devuelve la mirada: ojos claros, boca entreabierta y el cabello mecido por el viento. No soy la misma persona que cuando me marché de aquí en séptimo. Soy más mayor, eso está claro, pero no es solo

eso. He cambiado. Ahora, cuando me miro, veo a una chica fuerte. Quizá incluso guapa.

¿Me reconocerá él? Una parte de mí espera que no. Pero otra, la parte que dejó atrás a mi familia para volver aquí, desea que sí. Tiene que acordarse de mí. Si no, ¿qué sentido tiene?

Oigo el retumbar de los coches aparcados en la zona de carga mientras se preparan para bajar. Hay unos cuantos más en la costa; forman una larga cola que llega hasta la entrada del aparcamiento para subir a bordo y volver al continente. Solo queda una semana de vacaciones. Me aparto de la ventana, me aliso el vestido veraniego milrayas y vuelvo a mi sitio para recoger mis cosas. El asiento que tengo al lado está vacío. Meto la mano por debajo y palpo en busca de algo que ya sé que está ahí. Sus iniciales. RT. Recuerdo el día que las talló con su navaja suiza porque le apeteció.

Me pregunto si la isla habrá cambiado. ¿Seguirán preparando los mejores *muffins* de arándanos en Milky Morning? ¿El cine de Main Street seguirá teniendo las mismas butacas de terciopelo verde llenas de bultos? ¿Cuánto habrán crecido las violetas de nuestro jardín?

Es raro sentirse como una turista, porque los Zane han vivido en Jar Island prácticamente desde siempre. Mi tatarabuelo diseñó y construyó la biblioteca. Una de las tías de mi madre fue la primera concejala de Middlebury. Nuestra familia tiene una parcela justo en el centro del cementerio que hay en medio de la isla, y algunas de las lápidas son tan antiguas y están tan cubiertas de musgo que no se puede ni leer quién está enterrado ahí.

Jar Island está compuesta por cuatro pueblecitos. Thomastown, Middlebury, que es de donde soy, White Haven y Canobie Bluffs. Cada uno de ellos tiene su propia escuela primaria, aunque luego todos se juntan para estudiar en el

Instituto Jar Island. Durante el verano, la población se incrementa debido a los varios miles de personas que vienen a pasar las vacaciones. No obstante, durante el año la isla solo tiene unos mil habitantes.

Mi madre siempre dice que Jar Island nunca cambia, que es un universo chiquitín e independiente. Hay algo en esta isla que permite que se finja que el mundo ha dejado de girar. Creo que eso es parte de su encanto, una razón por la que tanta gente elige pasar aquí los veranos. O por la que los defensores acérrimos soportan los problemas que conlleva vivir aquí todo el año, tal como hacía mi familia.

Hay gente a la que le encanta que en Jar Island no haya ni una sola franquicia, centro comercial o restaurante de comida rápida. Papá dice que hay unas doscientas leyes y ordenanzas que hacen que construirlos sea ilegal. En su lugar, la gente hace la compra en los mercados locales, consigue las recetas y medicinas en farmacias y droguerías y escogen sus lecturas para la playa en librerías independientes.

Otro de los aspectos que hace que Jar Island sea especial es que es una isla de verdad. No hay ningún puente ni túnel que la conecte con tierra firme. Todo el mundo y todos los productos entran y salen mediante el ferri, excepto los pocos ricos que se trasladan con sus aviones privados desde el diminuto aeródromo.

Recojo mis maletas y sigo al resto de los pasajeros para bajar del barco. El muelle acaba justo en el centro de bienvenida. Hay un autobús de los años cuarenta en el que han pintado «EXCURSIONES POR JAR ISLAND» aparcado delante, lo están lavando. Unas calles más atrás, se encuentra Main Street: una pintoresca avenida flanqueada por tiendas de regalos y cafeterías. Y, por encima de todo esto, se yergue la gran colina de Middlebury. Tardo un segundo en localizarlo, dado que tengo que protegerme los ojos

del sol, pero atisbo, en la cima, el tejado rojo chillón de mi antigua casa.

Mi madre creció en esa casa, junto con su hermana Bette. Mi habitación era el cuarto de mi tía, que tiene vistas al mar. Me pregunto si ahora que vuelve a vivir allí habrá recuperado su dormitorio.

Ella no tiene hijos, y yo soy su única sobrina. Nunca se ha desenvuelto demasiado bien con los niños, así que siempre me ha tratado como a una adulta. Me gustaba sentirme mayor. Cuando me preguntaba qué me hacían sentir sus cuadros, me escuchaba con interés. Sin embargo, nunca se tumbó en el suelo para ayudarme a hacer un puzle ni horneamos galletas juntas. Tampoco es que yo lo necesitara. Ya tenía un padre y una madre dispuestos a hacer esas cosas conmigo.

Creo que va a ser estupendo vivir con la tía Bette ahora que soy más mayor. Mis padres me tratan como a una bebé; el ejemplo perfecto de esto es que sigo teniendo que estar en casa a las diez en punto, y eso que ya he cumplido los diecisiete. Supongo que, después de todo lo que ha pasado, tiene sentido que sean tan protectores.

El camino a casa es más largo de lo que recordaba, aunque tal vez sea porque me ralentizan las maletas. Me detengo unas cuantas veces a intentar parar a uno de los coches que suben por la colina a duras penas. Algunos de los residentes hacen autoestop. Es una forma de ayudar a tus vecinos bastante común. A mí nunca me dejaron, pero es la primera vez que no tengo a mis padres mirándome por encima del hombro. Nadie me recoge, lo que es un rollo, pero ya habrá otra oportunidad. Tengo todo el tiempo del mundo para hacer autoestop y todo lo que me venga en gana.

Paso de largo la entrada de mi casa sin darme cuenta. Los arbustos han crecido a lo loco y ocultan la fachada para que

no se vea desde la calle. No me sorprende. La jardinería era cosa de mi madre, no de Bette.

Arrastro las maletas los últimos metros y contemplo la casa. Es una edificación colonial de tres pisos cubierta de tablillas de cedro gris, persianas blancas en las ventanas y un muro de piedra que rodea el jardín. El viejo Volvo color arena de mi tía está aparcado en el camino de entrada, cubierto con una sábana de florecitas moradas.

El arbusto de violetas ha crecido más de lo que creía posible. Y, aunque ya se le han caído muchas flores, las ramas se hunden por el peso de mil más. Respiro tan hondo como puedo.

Qué gusto da volver a casa.

Lillia



Ya vuelve a ser esa época del año: el final de agosto, cuando solo queda una semana para que empiecen las clases. La playa está abarrotada de gente, pero no tanto como el 4 de julio. Estoy tumbada en una toalla grande con Rennie y Alex. Reeve y PJ están jugando al *frisbee*, mientras que Ashlin y Derek han ido a bañarse. Esta es mi pandilla desde noveno. Cuesta creer que por fin vayamos a empezar el último curso de instituto.

El sol brilla con tal fuerza que siento que mi bronceado adopta un tono más dorado todavía. Me hundo en la arena. Me encanta el sol. A mi lado tengo a Alex, que se está echando crema en los hombros.

—Madre mía, Alex —se queja Rennie, que levanta la vista de la revista que está leyendo—. Ya me has usado la mitad del bote de crema. A la próxima, o te traes uno o dejo que te dé cáncer de piel.

—¿Estás de coña?! —exclama Alex—. Si esto me lo has robado de mi cabaña. Apóyame, Lil.

Me incorporo con los codos y me siento.

—Te ha faltado un trozo en el hombro. Date la vuelta, ven.

Me agacho a su lado y le aplico un chorrito de protector solar. Alex se da la vuelta y pregunta:

—Lillia, ¿qué perfume usas?

Me río.

—¿Para qué quieres saberlo? ¿Te apetece que te lo preste?

Me encanta tomarle el pelo a Alex Lind. Es un tontorrón.

Él también se ríe.

—No, solo era por curiosidad.

—Pues es un secreto —declaro mientras le doy palmaditas en la espalda.

Es esencial tener un aroma propio. Una fragancia reconocible para que, cuando recorras los pasillos del instituto, todos se den la vuelta, como una respuesta pavloviana o algo así. Cada vez que les llegue ese aroma, pensarán en ti. Azúcar quemado y campanillas, esa es la esencia de Lillia.

Me vuelvo a tumbar en la toalla y me acomodo boca abajo.

—Tengo sed —anuncio—, ¿me pasas la cola, Lindy?

Alex se inclina hacia delante y rebusca en la nevera.

—Solo queda agua y cerveza.

Frunzo el ceño y miro a Reeve. Tiene el *frisbee* en una mano y, en la otra, mi refresco.

—¡Reeve! —grito—. ¡Eso era mío!

—Lo siento —me contesta, pero no suena nada arrepentido.

Lanza el *frisbee* en un arco perfecto y este aterriza justo al lado de unas chicas muy monas que están sentadas en sillas de playa. Justo donde había apuntado, no me cabe duda.

Miro a Rennie, que ha entrecerrado los ojos.

Alex se levanta y se limpia la arena de los pantalones cortos con la mano.

—Ya te traigo yo otro refresco.

—No hace falta —contesto. Aunque, por supuesto, no lo digo en serio. Me muero de sed.

—Me vas a echar de menos cuando no esté para hacerte de camarero —rebate con una sonrisilla.

Alex, Reeve y PJ se van mañana a hacer pesca en altamar. Van a pasar una semana fuera. Siempre vamos juntos a todas partes, así que va a ser raro acabar el verano sin ellos.

Le saco la lengua.

—¡No te voy a echar nada de menos!

Alex corre hacia Reeve y después se marchan hacia el puesto de perritos calientes que hay al otro lado de la playa.

—¡Gracias, Lindy! —grito. Cómo me mima.

Vuelvo la mirada hacia Rennie, que está sonriendo.

—Ese chico haría cualquier cosa por ti, Lil.

—Anda ya.

—¿Crees que es mono? Sé sincera.

Ni siquiera tengo que pensármelo.

—Pues claro que es mono. Solo que para mí no.

Rennie se ha empeñado en que Alex y yo tendríamos que salir, para ella emparejarse con Reeve y hacer citas dobles y escapadas de fin de semana los cuatro juntos. ¡Como si mis padres me fueran a dejarirme por ahí con chicos! Si Rennie quiere pillar una enfermedad de transmisión sexual de Reeve, adelante, pero Alex y yo no vamos a liarnos. Somos amigos. Y punto. No hay atracción. Rennie me lanza una miradita, pero, por suerte, no insiste más. Levanta la revista y pregunta:

—¿Qué te parece este peinado para el baile de bienvenida?

Me enseña una foto de una chica ataviada con un vestido brillante color plata y la melena rubia ondeando como una capa.

Me río.

—¡Ren, si el baile es en octubre!

—¡Exacto! Solo queda un mes y medio. —Zarandea la revista delante de mi cara—. Bueno, ¿qué te parece?

Supongo que tiene razón. Tal vez deberíamos empezar

a elegir vestidos. No pienso comprar el mío en ninguna de las *boutiques* de la isla, porque hay un noventa por ciento de posibilidades de que otra chica aparezca con el mismo. Miro la foto con más atención.

—¡Es una monada! Pero dudo que haya un ventilador gigante en la fiesta.

Rennie chasquea los dedos.

—¡Exacto! Un ventilador. Qué pedazo de idea, Lil.

Me río. Si lo quiere, lo tendrá. Nadie le dice que no a Rennie Holtz.

Estamos comentando posibles modelitos cuando se acercan dos chicos a nuestra toalla. Uno de ellos es alto y lleva el pelo rapado a lo militar, y el otro es más bajito y corpulento, con bíceps anchos. Ambos son monos, aunque el bajito más. Desde luego, son más mayores que nosotras y, sin duda, no van al instituto.

De repente, me alegro de llevar el bikini negro nuevo y no el rosa de lunares blancos.

—Chicas, ¿tenéis un abridor? —pregunta el alto.

Niego con la cabeza.

—Seguramente os puedan prestar uno en el chiringuito.

—¿Cuántos años tenéis? —me pregunta el cachas.

Sé que a Rennie le gusta por cómo se coloca la melena a un lado y pregunta:

—¿Para qué quieres saberlo?

—Porque tengo que asegurarme de que puedo hablar con vosotras —contesta con una sonrisa. Ahora la mira a ella—. Legalmente.

Mi amiga suelta una risita que le hace parecer mayor, no una risa aniñada.

—Somos legales. Por los pelos. ¿Cuántos años tenéis vosotros, chicos?

—Veintiuno —responde el más alto mientras me mira de

arriba abajo—. Estamos en último curso de la Universidad de Massachusetts, hemos venido a pasar una semana aquí.

Me coloco bien la parte de arriba del bikini para no enseñar demasiado. Rennie acaba de cumplir dieciocho, pero yo sigo teniendo diecisiete.

—Hemos alquilado una casa en Shore Road, en Canobie Bluffs. Podríais pasaros algún día. —El cachas se sienta al lado de Rennie—. Dame tu número.

—Si me lo pides con educación —le reprocha ella, tan dulce como picante—, igual me lo pienso.

El alto se sienta a mi lado, al borde de la toalla.

—Me llamo Mike.

—Yo, Lillia —respondo.

Por encima de su hombro atisbo a los chicos, que ya vuelven. Alex me trae una cola. Nos están mirando, seguramente se pregunten quiénes son estos tíos. Nuestros amigos pueden ponerse muy protectores cuando se trata de gente de fuera.

Alex frunce el ceño y le dice algo a Reeve. Rennie también se percata de que se acercan, así que empieza a reírse más alto todavía y a jugar con el pelo.

El alto, Mike, me pregunta:

—¿Son vuestros novios?

—No —respondo.

Me mira con tal intensidad que me sonrojo.

—Bien —anuncia, y me sonrío.

Tiene unos dientes muy bonitos.